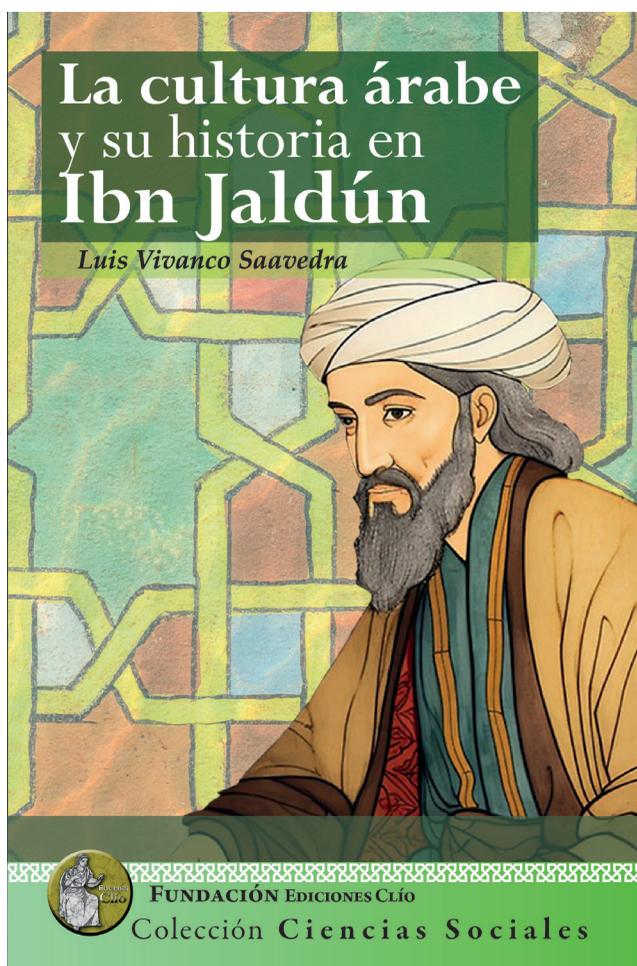


La cultura árabe y su historia en Ibn Jaldún*



Autor: Luis Vivanco Saavedra

Comentario de: Yamarilis Quevedo Parra**

La historiografía, entendida como técnica de elaboración del texto de historia, tiene una larga data en la cultura islámica. Sus orígenes pueden rastrearse hasta los tiempos poco después de la muerte del profeta Mahoma, en el que las personas más inclinadas al trabajo intelectual y a la escritura se dedicaron a elaborar sobre las ideas de dicha comunidad, a nivel religioso y también en la gramática, el estilo, las leyes y además, el recuento del desarrollo de la comunidad islámica en el tiempo, o sea, su historia. En inglés y otras lenguas ha habido algunos trabajos independientes sobre la historia de la historiografía islámica. Pero en nuestra lengua,

aunque ha habido excelentes artículos académicos sobre ese tema, examinando aspectos particulares o autores específicos, no ha habido hasta ahora obras de mayor envergadura, que abarquen, de un modo general, la revisión de todos los principales historiadores musulmanes a lo largo de la historia. Tal ha sido el esfuerzo del autor en esta obra.

* Fuente: DOI: <https://zenodo.org/doi/10.5281/zenodo.8320213>

** Centro de Estudios Filosóficos "Adolfo García Díaz". Universidad del Zulia - Maracaibo - Venezuela

Así, se presenta esta enjundiosa obra del historiador y filósofo Luis Vivanco Saavedra, como tal revisión o despliegue de la historiografía islámica desde sus orígenes hasta la obra de Abderrahmán Ben Jaldún (1332-1406).¹ El profesor Vivanco ha investigado desde mediados de la década de 1990 los temas de dicha historiografía especialmente desde sus estudios sobre uno de sus más importantes representantes, que fue Abderrahmán Ben Jaldún. El abordaje de Vivanco al tema tiene un enfoque muy particular pues además de desarrollar en su discurso los elementos propios de los estudios históricos como el entendimiento de los hechos del pasado, incorpora planteamientos filosóficos relacionados con la cuestión del origen del conocimiento y la formalización de los contenidos que se presentan como textos de historia. Es este enfoque híbrido, a través del cual Vivanco va desmenuzando hechos y datos a la par de reflexionar sobre conceptos e ideas que se desprenden de la narrativa de esta cultura milenaria, la razón que hace a esta obra histórica diferente al resto. Ello explica por ejemplo por qué invierte una significativa cantidad de páginas para resaltar la cuestión de cómo una comunidad, proveniente del desierto, que poseía un alfabeto, escritura, y unas admirables manifestaciones literarias poéticas, pudo dar los pasos para elaborar textos teóricos o narrativos que relataban el desarrollo en el tiempo de esa comunidad, y, además, daban cuenta de sus costumbres, creencias, geografía y hechos resaltantes de su expansión política. Asimismo, Vivanco rescata la idea de cómo en todo ese proceso expansivo se produjo una importante asimilación de elementos de otras culturas vecinas o cercanas a los árabes, y ya fue notable que, lejos de repeler tales influencias, la civilización árabe islámica naciente quiso aceptarlas y adoptarlas y traducirlas a sus propias claves culturales, como lo hizo en temas de botánica, filosofía, matemática, arquitectura, etc.

Con este sello particular Vivanco desarrolla su obra dividida en cinco capítulos, más un apéndice que constituye valioso, interesante y sólido balance historiográfico, en que aporta, de manera resumida, noticias sobre setenta y tres historiadores musulmanes, árabes o de otra procedencia, y de diversos géneros en su talante y dedicación historiográfica. Ese número de historiadores se toma en cuenta sobre todo a partir del califato abasida (750-1258), pues en el siglo anterior, aunque hubo historiadores, sobre todo en ciertos géneros específicos, prácticamente fue una preparación en lo heurístico y metodológico para las posteriores elaboraciones que harían los siguientes autores.

El primer capítulo de la obra de Vivanco trata sobre los aportes y el tránsito de la cultura árabe preislámica a la historiografía musulmana. Él resume tales aportes en dos clases. Uno en cuanto al tipo de contenidos, que serían el conjunto de leyendas, mitos, genealogías, elaboraciones poéticas y tradiciones que esa cultura árabe preislámica dio a la naciente civilización musulmana. La segunda clase de aportes sería un conjunto de elementos de carácter técnico, instrumental o metódico: la existencia de una tradición de ejercitación

1 Aunque también se da cuenta allí de algunos historiadores posteriores a Ben Jaldún, que escribieron sus obras bajo el gobierno del imperio otomano, el cual dominó las regiones del islam en medio oriente hasta la época de la modernidad occidental.

mnemotécnica (común en medio oriente, y que existe hasta el día de hoy), la elaboración de patrones cronológicos basados en hechos, genealogías, secuencias, etc., así como la importancia misma concedida a la temporalidad (aspecto semítico que también puede notarse en el relato bíblico frente a otros relatos antiguos); y la importancia de poseer el instrumento de una lengua con reglas gramaticales fijas y formales, pero suficientemente dinámica para asimilar e incorporar conceptos y palabras de otras culturas, así como contar con una escritura también sistematizada.

El segundo capítulo está dedicado al tema del desarrollo de las ciencias en el islam. En este capítulo, por tratarse de un espesamiento del tema, es menos dinámico que el anterior, aunque en una primera parte narra sobre la vida de Mahoma y el desarrollo de la primera comunidad islámica, pero para tomar de allí elementos que influirían en las elaboraciones historiográficas posteriores. Uno de estos elementos, que tiene un peso sobresaliente en la cultura islámica, es justamente el Corán, como texto básico que influye en toda elaboración intelectual posterior de esa cultura. Pero lo que interesa al autor es más que todo cómo esas necesidades intelectuales impulsaron a la creación de modos de elaboración de saberes que los árabes no tenían previamente, y que esas primeras generaciones fueron desarrollando paulatinamente. De allí vendría la primera división islámica de las ciencias, en ciencias “tradicionales” (propias de la comunidad árabe originaria) y ciencias “racionales” (asimiladas de otros pueblos, principalmente los griegos). La historia, por tratarse de una elaboración guiada o regida por las normas idiomáticas y literarias de la comunidad árabe originaria, caía dentro de las ciencias tradicionales (aparte de que, por su mismo hecho de referirse al desarrollo de dicha comunidad, ya estaba abocada a una situación cultural específica). Sin embargo, además, por ser justamente una ciencia ‘de la tradición’, tenía una apelación moral y doctrinal muy marcada: era una ciencia *formativa* de la persona, del buen musulmán, el cual debía conocer su propia historia, y la cual le servía de ejemplo y apoyo en su concepción de sí mismo.

El tercer capítulo está dedicado a un tema ya particular de la cultura islámica, que es el del *hadith*. Esta palabra viene a significar “tradición”, y se refiere a un relato sobre lo que dijo o hizo el profeta Mahoma en algún momento de su vida. Siendo como él es, el referente paradigmático de la comunidad musulmana, el registro de cada una de sus actividades durante su vida ha sido una de las elaboraciones más detalladas de la historia del islam. Elaboraciones por demás muy problemáticas, ya que, desde un comienzo, hubo también una “contra-tradición” de elaboración de relatos falsos sobre lo que dijo e hizo Mahoma. Pero, de hecho, aún tomando en cuenta los que supuestamente serían los *hadith* más serios o confiables, es todavía muy posible que se trate de reelaboraciones, porque virtualmente no quedarían horas de la vida pública del profeta que no hubieran sido registradas en ese recuento, y aún así habría más recuento que horas de vida de él... Por ello, hubo que elaborar una “Ciencia del hadith” para poner a prueba esos relatos y reducirlos lo más posible a los más veraces y auténticos. Esta labor influyó decisivamente en la elaboración historiográfica,

porque intercambió con ella elementos de análisis para cotejar fechas y hechos, así como ampliar el criterio de cuáles eran los elementos de verificabilidad de los acontecimientos.

El cuarto capítulo trata sobre los géneros de la historiografía musulmana. Allí nos habla el autor del término árabe que designa a la historia, *tarij*, y que proviene de un verbo que significa fechar. Asimismo, anota hechos significativos de la misma historia musulmana que coadyuvaron al desarrollo de la labor historiográfica, como el de que la misma, así como la obra de historiadores, estuviera patrocinada y remunerada por el Estado, de modo que había un interés *oficial* en que se escribiera la historia, y que ello se elaborara con un mínimo de rigor y profesionalidad. Al respecto destaca el autor que empezaron a cultivarse varios géneros distintos. Los principales fueron los siguientes: la biografía (este género, uno de los más antiguos, fue de los primeros que se cultivó, siendo su elaboración principal la biografía del profeta Mahoma, a cargo de Ben Ishaq). Luego estarían las historias y crónicas de reinados y dinastías, anales e historias “universales”, que abarcaban macrorregiones y desarrollos históricos extracontinentales. Después vendrían las historias regionales y de ciudades, afines a las historias de grupos familiares y tribus, y que pueden considerarse casos de elaboraciones precursoras hace casi un milenio de la actual historia regional, y que además elaboraban en cuestiones de interés étnico y genealógico. También estaba el género de la “Rihla” o “Viajes”, que era uno de los favoritos del público culto, y que combina varios tipos de elaboraciones, según la versatilidad de los viajeros y sus relatos. Se caracterizan porque no son puramente un relato histórico, sino que puede tener mucho de literario, de ficción, de poesía, y de fantasía. Se destacan por su riqueza anecdótica. Por último, no tan cultivada pero presente, estaban los estudios de preceptiva historiográfica, es decir, los que eran más una reflexión sobre la historia, y sobre el trabajo del historiador. En verdad, era un tópico al cual solo se le dedicaban a veces unas pocas páginas entre centenares de otras, excepto en el caso de Ben Jaldún, que justamente se distinguió por hacer de esa preceptiva y reflexión sobre lo histórico lo más granado y trascendental de su obra.

A cada uno de los géneros anteriores, el profesor Vivanco va a dedicar sustanciosas páginas de estudio y comentario.

Por último, el capítulo quinto está dedicado al tratamiento de la obra de Ben Jaldún, objetivo principal de la obra de Vivanco. Dicho capítulo comienza con la biografía del personaje, ya que su vida explica mucho del desarrollo de su pensamiento historiográfico. También se trata allí sobre el carácter de la obra principal de Ben Jaldún, sus *Prolegómenos a la Historia Universal*, y el carácter de la “Nueva Ciencia” que el autor musulmán postula como su aporte más original. Vivanco realiza un resumen sobre la teoría de Ben Jaldún sobre la historia y de la sociedad. También realiza una valiosa y sustentada reflexión sobre la filosofía de la historia de ese autor: cuáles son para él los factores que caracterizan el desarrollo histórico, por qué surgen y por qué decaen las naciones e imperios, cuáles son los “motores” de lo histórico, del desarrollo humano, en suma. Sus conclusiones sobre el pensamiento de

Ben Jaldún muestra éste como inclinado al pesimismo, y ciertamente son discutibles. Aun reconociendo la grandeza de los aportes del gran sabio musulmán, ve en él un “sentido trágico de la historia”. Trágico, en función del significado griego del término, como el del sometimiento del hombre y de las naciones y civilizaciones a unas leyes que difícilmente puede la voluntad humana controlar. Para Vivanco, Ben Jaldún presenta la historia como una “prisión” inexorable, difícil de aceptar, pero con la cual hay que contender. La esperanza humana tiene que tener razones que la apoyen, pero, para citar a Vivanco en esto, “tener esperanza sin razón, es como creer en un triángulo de cuatro lados”. Uno llega a preguntarse si, de la lectura constante del autor al historiador árabe, no se ha contagiado de su posible sentido fatalista de la historia.

Aparte de las reflexiones contenidas en ese último capítulo del libro y las conclusiones, Vivanco ha añadido dos cuantiosos apéndices que pueden ser útiles a estudiantes e interesados en la historiografía musulmana, por un lado, y en el pensamiento de Ben Jaldún por otro. Del primer apéndice ya se hizo mención aquí en un párrafo anterior, y en cuanto al segundo, consiste en una lista de los capítulos que componen los *Prolegómenos* de Ben Jaldún, en los cuales el lector puede apreciar el alcance de la obra y los temas tratados por el sabio árabe. Dichos desarrollos nos hablan de la solidez documental de esta obra y el arduo y completo trabajo de fuentes que supuso llevarla a cabo.

A pesar de los ambiciosos objetivos investigativos de esta obra, debidos sobre todo a proponerse abarcar una cantidad enorme de temas y problemas, amén de la dificultad de contar con escasas fuentes y ayudas bibliográficas, el valor de la obra de Vivanco está en su propósito divulgativo y justamente en su logro de presentar, con significativa exhaustividad, esa profusa temática histórica complementada con interesantes reflexiones filosóficas como instrumento de ayuda y consulta de especialistas y de todos aquellos interesados en conocer mejor el tema de la elaboración de las obras de historia en el islam. Su obra es al menos un primer esfuerzo que llama a ser superado por quienes acepten el reto de una elaboración que quiera contener en una síntesis el enorme campo de la historiografía islámica, de la cual otro historiógrafo, Víctor Sanz, citado por Vivanco, ha dicho:

“... ninguna otra historiografía puede comparársele hasta el Renacimiento, desde este punto de vista cuantitativo: más de tres mil obras entre los siglos IX y XIII. Y esto, sin contar con que, a las obras puramente históricas, debe agregarse una enorme cantidad de desarrollos historiográficos en obras que primordialmente tratan de otros temas.”²

2 SANZ, Víctor: *La Historiografía en sus Textos*. Fondo Editorial de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1985; p. 277.